

“Podríamos”

Yo me fui y tú te quedaste. Subí a un avión junto a noventa caras crispadas, pálidas, rotas. Un viaje de siete horas nos puso a cada uno en un extremo del mundo. Entre tú y yo se abrió un océano. Un océano de ocho años.

No hacía ni un mes que me había atrevido a decírtelo. Durante un recreo de media hora compartimos una palmera de chocolate. A mí me temblaban las manos. La comimos deprisa, sentados en un banco de piedra del parque, después de apañármelas para que nos quedásemos solos. Se lo dije a los demás, como si tú no fueras a darte cuenta de mi plan. No puede sospechar nada, me decía a mí mismo, todo está controlado. Va a ser pan comido. Quería decirte todo tal como lo había ensayado, en el mismo orden. Para cuando arranqué, un hilillo de voz me dejó la boca y la cabeza secas. Esa no es mi voz, pensaba. No soy yo quien habla. Y te pedía ayuda con la mirada.

Ocho años. Por un instante parece que nunca hubieran pasado cuando te encuentro hoy por la calle. Al verme se te ponen los ojos como platos, sonrías y me llamas. Yo quiero inundar la calle con tu nombre, tu nombre, tu nombre, pero sólo balbuceo un saludo aturdido. Besas tu nombre en mis mejillas. Hueles a brisa y a mar. Acabas de salir de la peluquería, me dices, de alisarte el pelo. Yo cierro la boca. Por miedo. Por vergüenza.

Me cuentas lo que has estado haciendo últimamente, dónde, con quién. Vienes de lejos. Pareces inalcanzable. Paso por encima de las cuatro nimiedades que han caracterizado los años desde mi regreso: cuando yo volví tú te fuiste; pasaron tres años entre los dos. Luego volviste a hurtadillas, sin avisar, y te fuiste protegida por el mismo sigilo.

Dices: Les hablo a mis amigos de ti. Les digo un amigo mío estuvo allí y os aseguro que se tragaban cualquier sandez que se le ocurría contarles. Dices: No te imaginas la de veces que les he hablado de ti. Dices: Me he acordado mucho de ti.

Ocho años atrás, aquella mañana en el parque me quedé tan mudo como hoy. Habla, me decías, y yo bajaba la vista hacia el suelo. Mírame, me pedías. Y el silencio se me apelmazaba en los ojos. Yo no quería decir nada. No había necesidad. Me sobraba con tenerte allí a mi lado, toda mía durante media hora. Había conseguido sacarte de las noches de mi dormitorio, donde encendía un pitillo y, sin hacer ruido para no ser oído, abría la ventana y echaba el humo a la calle. Te podía ver entre los remolinos de humo que se colaban hacia dentro. Caprichosas volutas que se desvanecían como mis esperanzas. Una noche más, otro tajo en el gazonate de mi alma.

Dices: No has cambiado nada. La misma ropa, tu media sonrisa, la misma triste mirada. Dices: No has perdido tu ironía, ¿verdad? No se me olvidan tus comentarios mordaces en clase de literatura. Y en las redacciones que teníamos que escribir. Tú las convertías en cuentos, cuentos cínicos y llenos de sorna. Dices: ¿Guardas aún alguno de aquellos cuentos?

Has venido en visita relámpago. Esta misma tarde vas a ir a ver a una antigua compañera de clase. Se ha casado y tiene dos hijos. No les has visto pero te hace ilusión. Pareces otra cuando sonrías por unos críos que ni siquiera conoces. Para mí quedaste petrificada cuando nos despedimos hace ocho años, cuando me regalaste tus labios durante dos segundos eternos. Hacemos recuento de los que hemos dejado atrás. De los casados y de los que están a punto de hacerlo. De los que llevan ya algún tiempo trabajando, de los que siguen aún estudiando. De los que no sabemos nada de ellos. De los que no volveremos a saber nada.

Una ráfaga de viento te vuela la bufanda. No te recordaba tan alta. Debe ser la inclinación de la calle. Según hablamos hemos ido rotando muy despacio sobre un eje imaginario. Podríamos ser una peonza si juntásemos los brazos. Podríamos ser un tiovivo o una hojilla de una máquina de afeitar eléctrica. Podríamos ser lo que quisiéramos. Pero a ti te esperan dos años al lado de un alemán, en su país, y yo aún no he tenido valor para

enfrentarme a ocho años de destierro. Vine, claro que vine. Pero salir de un sitio no conlleva entrar en otro. He sobrevivido en un océano de ocho años.

Ha comenzado a pintar, pero no abro el paraguas. Guardo mi recién adquirido Fonollosa en el bolsillo del abrigo. No hablamos de las cartas que te escribí. Sólo respondiste a la primera. No hablamos de qué pasó después, por qué te negaste a escribirme. No hablamos de las mujeres que han poblado mis días y mis noches. Una rubia anorgásmica; otra rubia -teñida- durante seis horas ininterrumpidas; una rechazada que me acogió también de un rechazo; una morena de pelo lacio pegada a una botella de ron añejo; una aspirante a secretaria de juzgado con ojos verdes y miopes; una fugaz ave del paraíso, la cabellera de fuego, la lengua bífida. No hablamos de las que me desearon y no correspondí, de las que yo perseguí sin más resultado que ojeras y resacas. No hablamos de las almas supurando sobre el pavimento, de los 26 grados bajo cero de Nueva York, de las inundaciones en Barcelona, del dinero prestado y nunca devuelto, de mi lunar en el escroto, del bolígrafo con la tinta seca que encontré en un cajón esta mañana, de las aceras repletas de máscaras de cera, de mi mano buscando tus rizos entre las palabras.

De nada de esto hablamos.

Dices: Llevamos aquí plantados más de media hora. Podríamos habernos metido en cualquier sitio a tomar algo. Dices: Tengo que irme. Dices: Prométeme que intentaremos vernos antes de que me vaya en unos días. Prométemelo.

Tengo que desviar la mirada para mentirte. Te lo prometo, digo.

Sonrís. Me besas las mejillas mientras aspiro de nuevo tu aroma. Ensayas una despedida con la mano y te alejas calle abajo.

Retomo mi camino hacia casa. Unos pocos pasos más adelante vuelvo la cara. Quiero distinguirte entre la multitud, pero no veo más que un mar de cabezas balanceándose. Tú eres una ola más. Yo soy la orilla.